

gusto sino en lo que satisface á los sentidos, solo estima lo que fementa la concupiscencia, y considera que no hay mas dicha ni mas felicidad que la de los bienes temporales. No todos han de ser religiosos, dicen ellos: es asi; pero todos deben ser cristianos, es decir, todos deben llevar una vida pura, ejemplar y mortificada; los estados de la vida son diferentes, pero la regla general de costumbres es una misma. Las perniciosas máximas del mundo no están menos prohibidas á los que hacen profesion de discipulos de Cristo en el siglo, que á los que le sirven en el claustro. No hay mas que una religion verdadera: luego no puede haber mas que una verdadera doctrina. Todo sistema de honestidad, de razon y de virtud que no es conforme con el Evangelio, es ilusion que debe causar lástima.

El evangelio es del cap. 12 de san Lucas.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Nolite timere, pusillus grex, quia complacuit Patri vestro dare vobis regnum. Vendite quæ possidetis, et date eleemosynam. Facite vobis sacculos, qui non veterascunt, thesaurum non deficientem in cœlis: quò fur non appropriat, neque tinea corrumpit. Ubi enim thesaurus vester est, ibi et cor vestrum erit.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos: No temais, pequeña grey, porque vuestro Padre ha tenido á bien daros el reino. Vended lo que teneis, y dad limosna. Haced bolsillos que no envejecen, un tesoro en los cielos que no mengua, adonde no llega el ladron, ni la polilla le roe. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará tambien vuestro corazon.

MEDITACION.

DEL CORTO NÚMERO DE LOS QUE SE SALVAN.

PUNTO PRIMERO.

Considera que en todas edades, en todos tiempos fué corto el rebaño de los escogidos de Dios. ¿Qué era

una familia compuesta de solas ocho personas, comparadas con todos los habitadores del universo? Sin embargo, esta sola familia se escapó de las aguas del diluvio. De aquellas cinco grandes ciudades, á solas tres ó cuatro personas perdonó el fuego del cielo. Por espacio de muchos siglos no fué Dios conocido ni adorado sino en un rincon de la tierra. Despues se extendió por todo el universo la religion cristiana: pero ¡cuántos herejes hay! Y aun entre los católicos, aquellos á quienes plugo al Padre de las misericordias conceder el reino, ¿forman por ventura un gran rebaño? ¿qué te parece, serán muchos los que se salvan?

No hay mas que dos caminos para el cielo: la inocencia y la penitencia. El número de aquellas almas puras, que jamás fueron manchadas con el pecado mortal; el de aquellas almas privilegiadas que conservaron toda su vida la inocencia del bautismo, ¿te parece que es muy crecido? Y el de aquellas que despues de haber perdido la inocencia volvieron á la gracia por medio de la penitencia saludable, ¿juzgas que es muy grande? La corrupcion de costumbres se ha derramado por todas las edades y por todos los estados, el pecado inunda toda la tierra: ¿y hay en ella muchos penitentes verdaderos? ¿Hay muchos entre los grandes del mundo, en quienes tan frecuentemente reina el vicio con seguridad y con esplendor? ¿Hay muchos entre las señoras de alta clase, que á solo el nombre de penitencia se estremecen, si algunas ya no hacen burla de ella? ¿Hay muchos entre la gente de espada ó de letras, que con tanta facilidad suelen dispensarse en las leyes mas universales de la Iglesia? ¿Hay muchos entre esas personas de alguna distincion, que hasta en el sagrado tribunal de la penitencia quieren que se contemporice con ellas? ¿Hay muchos en fin entre el infimo pueblo, para el cual la

penitencia verdadera es un fruto ignorado y desconocido?

Toda carne corrompio sus caminos. ¿Pues dónde están los ayunos, dónde la maceracion del cuerpo, dónde las lágrimas? Un solo pecado mortal destruye en un momento todo el mérito de la mas larga y de la mas santa vida, si la muerte acompaña al pecado. ¿Se vive el dia de hoy con grande inocencia? ¿Cuántos pecados ocultos! ¿cuántos en la juventud que apenas se conocen! ¿cuántos graves que se reputan por lijeros! ¿O Dios, y qué grande es el número de los pecadores! Ninguno está seguro de su penitencia: pues concluyamos de aquí si será grande el número de los que se salvan.

En estos desgraciados tiempos, con tal que se observen ciertas apariencias de religion, ciertas exterioridades de virtud, no sé qué decencia ó circunspeccion exterior, cada uno se forma su particular sistema de conciencia, á cuyo abrigo vive tranquilo en órden al negocio de la salvacion. Pero ¿ignoramos acaso que los herejes tambien se forman su sistema, y que son mucho mas observantes de ciertas ceremonias que nosotros? Con todo eso creemos (y así lo debemos creer) que se pierden sin remedio, no obstante su imaginaria honestidad de vida, su circunspeccion, y su afectado arreglo de costumbres. ¿Pues en qué revelacion, ó en qué nuevo evangelio fundamos nuestra temeraria seguridad, ó esa loca confianza que presumimos tener de nuestra salvacion? Dirás que tú tienes la dicha de vivir en la religion verdadera, y los otros la desgracia de haberse extraviado. Es verdad; pero dime, ¿qué es menos malo, no creer casi nada de lo que se debe hacer, ó no hacer casi nada de lo que se cree?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que entre todas las verdades de nuestra religion, ninguna hay mas espantosa, pero quizá tampoco hay otra mas sensiblemente probada que esta. Consulta la sagrada Escritura: profecias, ejemplos, figuras, todo prueba que son pocos los que se salvan. Consulta al mismo Jesucristo. ¿Qué cosa mas clara ni mas precisa, cuál mas terrible que lo que dice de este corto número? *Pauci vero electi.* Verdad que igualmente persuaden la razon y la experiencia; verdad formidable, pero en medio de eso ¿nos mueve mucho esta verdad?

Aun quando fuese cierto que de diez mil personas solo una se habia de condenar, debiera yo estremecerme y temer que fuese yo esa persona desdichada. ¡Ah, que de diez mil, acaso no se salvará ni solo una! ¡y vivo con reposo! ¡y nada temo! Este mismo no temer, es señal cierta de que debo temer mas. Mi seguridad en este punto solo puede ser efecto de mi error y de mi ceguedad, que, ocultándome el peligro, me distraen de prevenirlo y de evitarlo.

¿Cosa extraña! introdúcese en el país una enfermedad contagiosa; todos temen, todos corren á los preservativos, aunque no todos hayan de morir del contagio. Corra la noticia de que naufragó un navío, sin expresarse cuál es; ¿cuántos se sobresaltan! Aunque haya diez mil navíos mercantiles en el mar, á todos los comerciantes asusta la confusa noticia del naufragio de uno solo. Sabemos que de todos los que hoy navegan por el mundo, muy pocos han de llegar al puerto de la salvacion eterna; sabemos que la mayor parte ha de naufragar miserablemente. ¿Quién me ha dicho á mí que no he de ser yo del número de estos infelices?

Si el hijo de Dios hubiera dicho que se habian de salvar todos los cristianos, y lo hubiera dicho tan expresamente como afirmó que era corto el número de los elegidos; ¿pudiéramos vivir con mayor seguridad de la que vivimos sobre el negocio de nuestra salvacion eterna? Convenimos en que todo está lleno de escollos, en que estamos en gran peligro de perdernos, y con todo eso vivimos tranquilos. ¿Quién nos ha dado esta seguridad? ¿acaso tenemos menos que temer, por lo mismo que estamos menos prevenidos? Por haber sido menos cautos, menos prudentes, menos discretos, ¿seremos menos desdichados si nos condenamos?

¡Ah! que cuando no tuviéramos otro motivo para temer sino esta fatal seguridad, esta insensibilidad extraña con que vivimos, ella sola seria sobrada causa para hacernos temblar por nuestra suerte. Pero no se piensa en esto. ¿Pues en qué se piensa, cuando no se piensa en la eternidad? ¿acaso no la creemos? Y si se cree, ¿cómo no se teme? Y si se teme, ¿cómo se puede dejar de pensar en ella?

Es verdad, Señor, que hasta la hora presente he seguido á la muchedumbre, he andado por el camino ancho; pero, mi Dios, muy resuelto estoy á caminar desde hoy en adelante por el estrecho, para ser del corto número de los elegidos. Aunque no se hubiese de salvar mas que uno solo de los que hoy viven, confío tanto en vuestra divina gracia, y voy á dar principio á una vida tal, que espero ser yo ese solo.

JACULATORIAS.

Tuus suum ego, salvum me fac. Salm. 118.

Tuyo soy, Señor, sálvame.

Salvum fac servum tuum, Deus meus, sperantem in te.

Salm. 85.

Dios mio, salva á tu siervo, que confía en tí.

PROPOSITOS.

1. *No quieras temer, pequeña grey, porque plugo á tu Padre darte el reino celestial*, dice el Salvador del mundo (1). El tropel y la muchedumbre no logran esta dicha: ¿porqué? porque como el camino que conduce á la vida es tan estrecho, no encuentran con la entrada, y así hay pocos que entren por él (2); pero el camino que conduce á la perdicion es espacioso, y así son innumerables los que entran por él. Haz profesion de ser del rebaño pequeñito, del número de los pocos en lo que respecta á la doctrina y á la perfeccion cristiana. Son pocos los que en su conducta se gobiernan por las máximas de Jesucristo, mientras se atropella la multitud de los que siguen las máximas del mundo. Son pocos los que profesan una verdadera devocion; resuélvete desde luego á aumentar este corto número. Aun dentro de las comunidades religiosas se distinguen fácilmente los observantes y los fervorosos, pudiéndose asegurar que el número de estos no siempre es el mayor. Desde hoy en adelante pon todo tu cuidado, todo tu estudio, y coloca toda tu gloria en ser del pequeño número, puesto que á él está prometido el reino de los cielos.

2. En materia de reforma, las resoluciones y los propósitos siempre han de ser prácticos. Comienza desde este instante moderando ciertas galas demasadamente mundanas; private de ciertas diversiones poco arregladas á la religion, de ciertos muebles, ó superfluos, ó menos conformes á tu estado, á tus votos y á tus reglas, si eres religioso. Guárdate bien de acobar darte por las irreligiosas censuras de los imperfectos y de los relajados, y mucho mas de avergonzarte de tu reforma. Ya no serás de la moda, ya no se acordarán de tí para que tomes parte en las

(1) Luc. 12. — (2) Matth 7.

diversiones, ya no serás del gusto del mundo; pero ¿qué importa si eres del gusto de Jesucristo? No dilates para mañana esta declaración de tu nueva vida y de tu fervor; antes bien desde hoy mismo alistate en la pequeña grey, para la cual está reservado el reino de los cielos.

DIA DIEZ Y NUEVE.

SAN PEDRO CELESTINO, PAPA Y CONFESOR.

San Pedro, llamado de Muron, del monte en que tenia su ermita, y despues Celestino del nombre que tomó cuando fué elevado al pontificado, nació por los años de 1221 en un lugar llamado Isermia, en los confines de la Pulla y del Abruzo, cerca de la tierra de Labor en Italia. En la historia de su vida, que el mismo santo dejó escrita de su mano, dice que sus padres eran de familia honrada, de piedad universalmente conocida, y que se hacian distinguir por su hospitalidad. Tuvieron doce hijos, de los cuales fué nuestro santo el oncenno.

A la edad de cinco años perdió á su padre; pero en el amor, en el juicio y en la virtud de su madre halló un equivalente de esta pérdida. Entreteniéndose un dia esta virtuosa madre con su numerosa familia, dijo por modo de diversion: *¿Será posible que, habiéndome dado Dios tantos hijos, ni siquiera uno de ellos haya de ser un grande siervo suyo?* — *No madre,* respondió Pedro con inocente intrepidez, *eso no es posible, yo lo he de ser, porque quiero ser santo.* Esta respuesta, junto con el anticipado juicio que en todo mostraba el niño, y con la facilidad en aprender cualquiera cosa que le enseñasen, determinó á la buena madre á dedicarle al estudio; pero como en la casa habia

tanta escasez de bienes de fortuna, que todos los demás hermanos se veian precisados á trabajar para comer, consideraban este destino del penúltimo como una vocacion de holgazanería. Sirvióse el demonio así de los zelos como de la murmuracion de sus parientes para cortarle la carrera de los estudios; pero como la divina Providencia tenia sus altos designios en orden á aquel mancebo, no permitió que la virtuosa madre se rindiese á las quejas ni á las murmuraciones. Habilitóse Pedro en las ciencias, pero mucho mas en la importante ciencia de la salvacion. Favorecióle Dios con muchas visiones, y le colmó de tan singulares gracias, que, disgustado y fastidiado del mundo, solo pensó en volverle las espaldas.

Era de solos veinte años, cuando saliendo de la casa de sus padres, se retiró á un monte, donde encontró una peña, que, pareciéndole muy acomodada para sus intentos, cavó al pié de ella una estrecha gruta, en que no cabia echado ni podia estar en pié. Allí pasó tres años en asombrosas penitencias, y en continuas tentaciones, representándosele con la mayor viveza todos cuantos objetos halagüeños y provocativos habia visto en el mundo, y apareciéndosele frecuentemente el demonio en varias figuras espantosas. Para resistir á tan furiosos combates no recurría á otras armas que á la oracion, á la penitencia, y á la proteccion de la santísima Virgen, con las cuales y con la gracia de Dios consiguió siempre las mas gloriosas victorias. Por mas que procuró ocultarse le descubrió su virtud, á cuya fama concurrieron á él muchas personas, que, reconociendo su eminente santidad, le instaron para que se hiciese sacerdote, y al cabo le persuadieron que pasase á Roma para recibir los sagrados órdenes.

No pudiendo emprender por entonces el viaje, detenido por la nieve que cubria el monte y cegaba los